

Nataína y el Hijo del Sol

Autor: José Gabriel Aldebot

Nataína, una joven india, contemplaba arrodillada las aguas de un manantial. Un ¡ah! de sorpresa se escapó de sus labios y volvió a mirar las aguas. En el mismo sitio, junto a ella, vio el rostro de un indio que le sonreía. Ella se levantó, exclamando:

—¡Qué es lo que veo en las aguas!

—¿Ves mi imagen? —preguntó el indio mientras volvía el rostro para mirarla.

—Pero no te asustes. Soy yo, el Hijo del Sol. Estoy aquí para proteger a tu tribu —contestó.

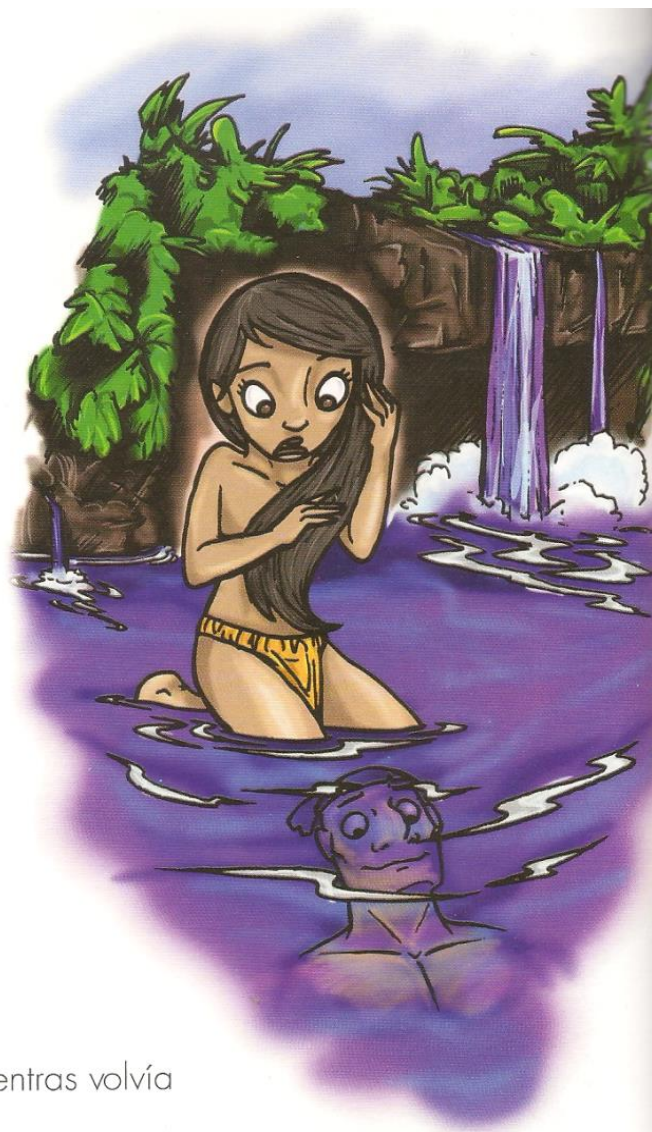
Ella lo miró asustada y él continuó:

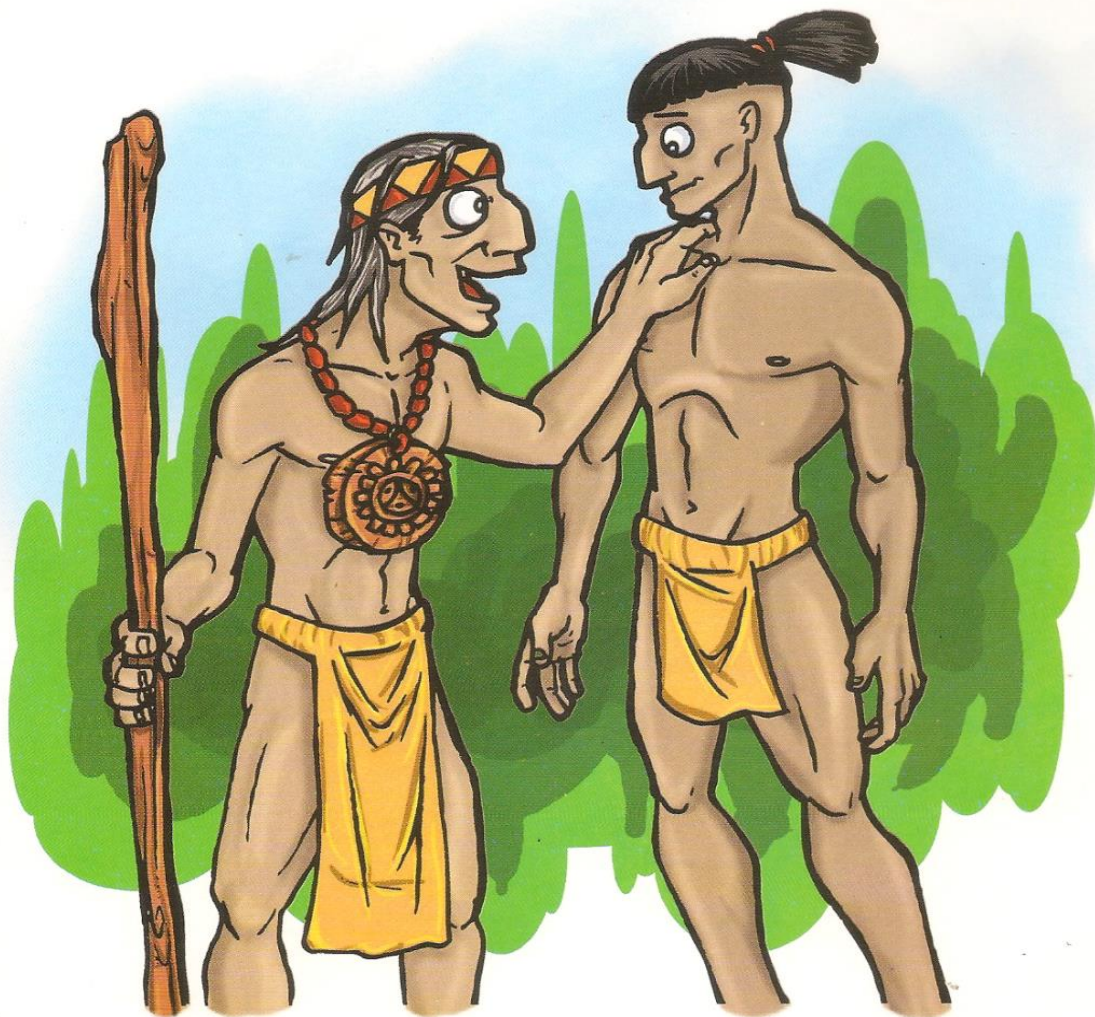
—No temas. Soy un enviado para cuidar tu vida cuando estés en peligro.

Entonces, la hija del cacique Cibuco, más tranquila, le dijo:

—Pues si eres enviado, debo decirte que te esperaba desde hace algún tiempo.

—Una noche, mientras dormía, soñé con las estrellas, una se desprendió y parecía que venía hacia mí. Después apareció envuelta en una nube blanca a imagen de una joven como tú. De alguna forma yo también te esperaba —le dijo el Hijo del Sol con ternura.



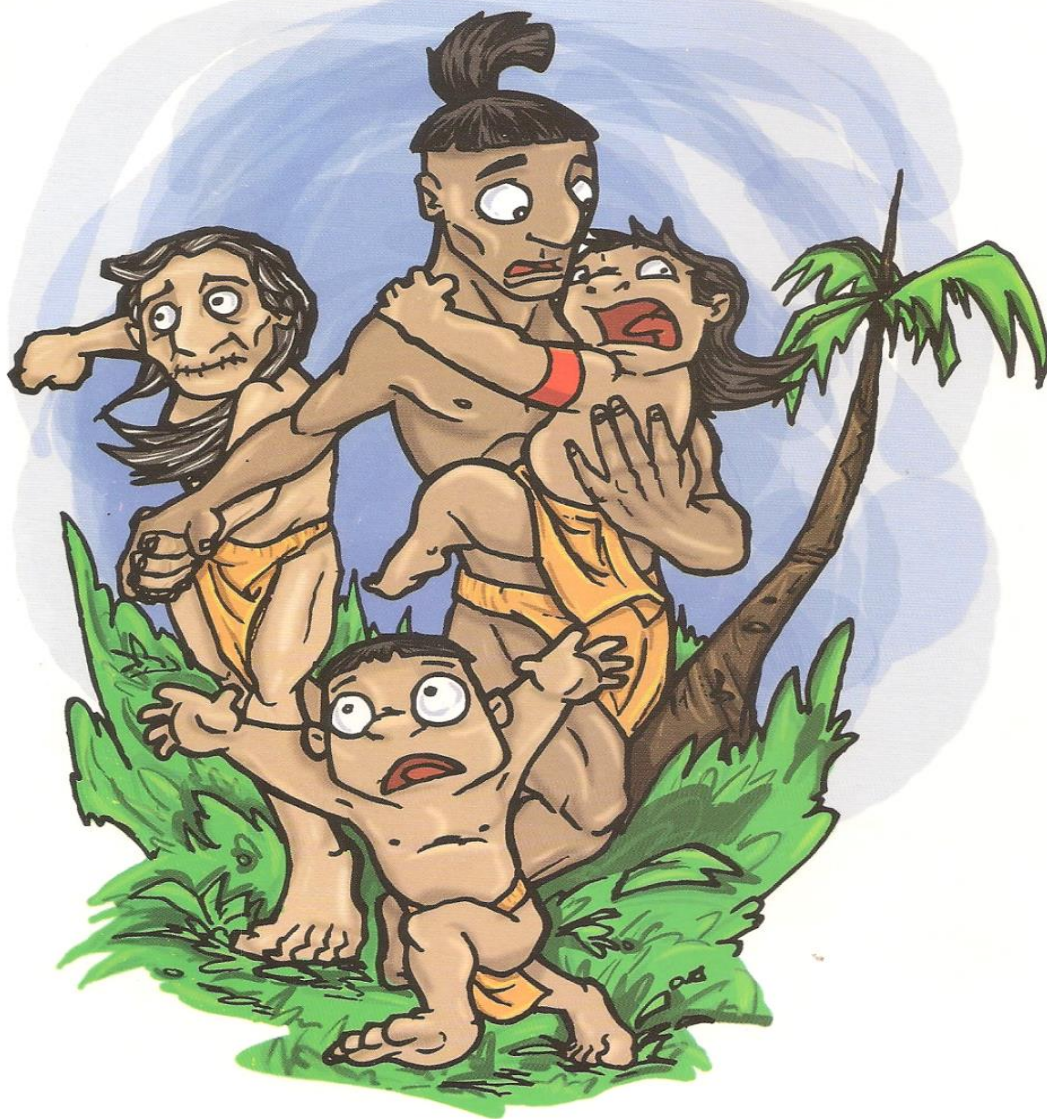


Cuando el cacique Cibuco supo de la llegada del Hijo del Sol, habló con él y luego consultó con su dios tallado en piedra. Pensó que había sido un milagro, pues el Hijo del Sol le había contado que naufragó en una canoa cuando venía a visitar la isla de Boriquén con dos valientes compañeros. Le contó, además, cómo una tormenta los sorprendió en el mar y cómo éstos desaparecieron. Le narró que penetró en el bosque y llegó al pico de una alta montaña. Desde allí vio a Nataína, la joven que cautivó su corazón desde que la vio por primera vez.

La amistad y el amor entre ambos fue creciendo a medida que se fueron conociendo. Algún tiempo después, el viejo cacique Cibuco y su esposa bendijeron la unión de los jóvenes. La tribu cantó sus areitos y luego bailaron. El padre de Nataína le dijo a su yerno:

—De ahora en adelante te llamarás Cibuco, al igual que yo. Si muero, serás el cacique de la tribu.

Todos los indios escucharon con respeto las palabras del viejo cacique.



Una mañana, un indio pescador llegó alarmado avisando que se acercaban muchas canoas con indios caribes. Venían en son de guerra. Los tambores comenzaron a oírse avisando la preparación para un enfrentamiento. Éstos dejaron sus faenas y se dirigieron al lugar convocado.

El anciano cacique Cibuco reunió a su gente en los desfiladeros de la montaña. Desde allí se prepararon a defenderse de los caribes quienes llegaban en actitud belicosa.

Muchos indios taínos cayeron heridos a causa de las flechas de los caribes. El anciano Cibuco fue herido y murió. Mientras tanto, el Hijo del Sol se encargaba de llevar a los niños, las mujeres y los ancianos hasta las cavernas de la sierra del Cibuco. Ésa había sido la orden del cacique.



Cuando el joven supo de la muerte del viejo Cibuco, se puso al frente de los indios y preparó un ataque contra los caribes. Sus hombres subieron con él hasta la cima de la montaña. Allí encontraron un depósito de piedras de diferentes tamaños y se encaminaron hacia el encuentro con los caribes. Mientras tanto, los indios enemigos empezaron a subir listos para el ataque, pero éstos fueron sorprendidos por una lluvia de piedras antes de que llegaran a la cima.

El Hijo del Sol, ahora el joven Cibuco, junto a los indios vencedores regresaron a la aldea, donde los esperaban Nataína y su madre. Desde aquel día, el joven Cibuco y Nataína reinaron en la tribu recordando al viejo cacique.